

ODAS

Á Francisco de Salinas.

El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música extremada
por vuestra sabia mano gobernada;
Á cuyo són divino
el alma, que en olvido está sumida,
torna á cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primera esclarecida.

Y como se conoce,
en suerte y pensamiento se mejora;
el oro desconoce
que el vulgo vil adora,
la belleza caduca engañadora.

Traspasa el aire todo
hasta llegar á la más alta esfera,
y oye allí otro modo
de no perecedera
música, que es la fuente y la primera.

Y como está compuesta
de números concordés, luégo envía
consonante respuesta,

y entre ambos á porfia
se mezcla una dulcísima armonía.

Aquí el alma navega
por un mar de dulzura, y finalmente
en él así se anega,
que ningún accidente
extraño y peregrino oye ni siente.
* ¡Oh desmayo dichoso!
¡oh muerte que das vida! ¡oh dulce olvido!
durase en tu reposo,
sin ser restituído
jamás aqueste bajo y vil sentido.

Á este bien os llamo,
gloria del apolineo sacro coro,
amigos á quien amo
sobre todo tesoro;
que todo lo visible es triste lloro.

¡Oh! suene de contino,
Salinas, vuestro són en mis oídos,
por quien al bien divino
despiertan los sentidos,
quedando á lo demás adormecidos.

Inspira nuevo canto
Caliopé en mi pecho aqueste día,
que de los Borjas canto
y Enríquez la alegría
del rico dón que el cielo les invía.

Hermoso sol luciente,
que el día das y llevas, rodeado
de luz resplandeciente
más de lo acostumbrado,
sal, y verás nacido tu traslado;

Ó si te place agora
en la región contraria hacer manida,
detente allá en buen hora,

que con la luz nacida
podrá ser nuestra esfera esclarecida.

Alma divina, en velo
de femeniles miembros encerrada,
cuando veniste al suelo
robaste de pasada
la celestial riquísima morada.

Diéronte bien sin cuento
con voluntad concorde y amorosa,
quien rige el movimiento
sexto, con la diosa
de la tercera rueda poderosa.

De tu belleza rara
el envidioso viejo mal pagado,
torció el paso y la cara,
y el fiero Marte airado
el camino dejó desocupado.

Y el rojo y crespo Apolo
que tus pasos guiando, descendía
contigo al bajo polo,
la cítara hería,
y con divino canto así decía:

»Deciende en punto bueno,
espíritu real, al cuerpo hermoso,
que en el ilustre seno
te espera deseoso,
por dar á tu valor digno reposo.

»Él te dará la gloria
que en el terreno cerco es más tenida:
de agüelos larga historia,
por quien la no hundida
nave, por quien la España fué regida.

»Tú dale, en cambio desto,
de los eternos bienes la nobleza,
deseo alto, honesto,
generosa grandeza,

claro saber, fe llena de pureza.

» En tu rostro se vean
de su beldad sin par vivas señales,
los tus dos ojos sean
dos luces inmortales
que guíen al sumo bien á los mortales.

» El cuerpo delicado,
como cristal lucido y transparente,
tu gracia y bien sagrado,
tu luz, tu continente
á sus dichosos siglos represente.

» La soberana agüela,
dechado de virtud y hermosura,
la tía de quien vuela
la fama, en quien la dura
muerte mostró lo poco que el bien dura;

» Con todas cuantas precio
de gracia y de belleza hayan tenido,
serán por ti en desprecio
y puestas en olvido,
cual hace la verdad con lo fingido.

» ¡Ay tristes! ay dichosos
los ojos que te vieren! Huyan luégo,
si fueren poderosos,
antes que prenda el fuego
contra quien no valdrá ni oro ni ruego.

» Ilustre y tierna planta,
dulce gozo del tronco generoso,
creciendo te levanta
á estado el más dichoso
de cuántos dió ya el cielo venturoso.

Noche serena, á don Oloarte

Cuando contemplo el cielo,
de innumerables luces adornado,

y miro hacia el suelo,
de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado,

El amor y la pena
despiertan en mi pecho un ansia ardiente,
despide larga vena,
los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo al fin con voz doliente:

« Morada de grandeza,
templo de claridad y hermosura,
el alma que á tu alteza
nació ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baja, oscura?

» ¿Qué mortal desatino
de la verdad aleja así el sentido,
que, de tu bien divino
olvidado, perdido,
sigue la vana sombra, el bien fingido?»

El hombre está entregado
al sueño, de su suerte no cuidando,
y con paso callado
el cielo vueltas dando,
las horas del vivir le va hurtando.

¡Oh! despertad, mortales,
mirad con atención en vuestro daño;
las almas inmortales,
hechas á bien tamaño,
¿podrán vivir de sombras y de engaño?

¡Ay! levantad los ojos
á aquesta celestial eterna esfera,
burlaréis los antojos
de aquesa lisonjera
vida, con cuánto teme y cuánto espera.

¿Es más que un breve punto
el bajo y torpe suelo, comparado
con ese gran trasunto,

do vive mejorado
lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

Quien mira el gran concierto
de aquestos resplandores eternals,
su movimiento cierto
sus pasos desiguales,
y en proporción concorde tan iguales;

La luna cómo mueve
la plateada rueda, y va en pos de ella
la luz do el saber llueve,
y la graciosa estrella

de amor la sigue, reluciente y bella;
Y cómo otro camino
prosigue el sanguinoso Marte airado,
y el Júpiter benigno,
de bienes mil cercado,
serena el cielo con su rayo amado.

Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro;
tras él la muchedumbre
del reluciente coro
su luz va repartiendo y su tesoro.

¿Quién es el que esto mira,
y precia la bajeza de la tierra,
y no gime y suspira,
y rompe lo que encierra
el alma, y destos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,
aquí reina la paz, aquí asentado
en rico y alto asiento
está el amor sagrado,
de glorias y deleites rodeado.

Inmensa hermosura
aquí se muestra toda, y resplandece
clarísima luz pura,
que jamás anochece;

eterna primavera aquí florece.

¡Oh campos verdaderos!
¡oh prados con verdad frescos y amenos,
riquísimos mineros!
Oh deleitosos senos,
repuestos valles, de mil bienes llenos!

Á Felipe Ruíz.

¿Cuándo será que pueda
libre de esta prisión volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
que huye más del suelo
contemplar la verdad pura sin duelo?

Allí, á mi vida junto,
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.

Entonces veré cómo
la soberana mano echó el cimiento
tan á nivel y plomo,
do estable y firme asiento
posee el pesadísimo elemento;

Veré las inmortales
colunas do la tierra está fundada,
las lindes y señales
con que á la mar hinchada
la providencia tiene aprisionada;

Por qué tiembla la tierra,
por qué las hondas mares se embravecen,
dó sale á mover guerra
el cierzo, y por qué crecen
las aguas del Océano y descrecen;

De dó manan las fuentes,

quien ceba y quien bastece de los ríos
 las perpetuas corrientes,
 de los helados fríos
 veré las causas y de los estíos;

Las soberanas aguas,
 del aire en la región quién las sostiene,
 de los rayos las fraguas;
 dó los tesoros tiene
 de nieve Dios, y el trueno dónde viene.

¿No ves cuando acontece
 turbarse el aire todo en el verano,
 el día se ennegrece,
 sopla el Gallego insano,
 y sube hasta el cielo el polvo vano;

Y entre las nubes mueve
 su carro Dios, ligero y reluciente?
 horrible són conmueve,
 relumbra fuego ardiente,
 treme la tierra, humíllase la gente;

La lluvia baña el techo,
 invian largos ríos los collados,
 su trabajo deshecho,
 los campos anegados
 miran los labradores, espantados.

Y de allí levantado,
 veré los movimientos celestiales,
 así el arrebatado
 como los naturales,
 las causas de los hados, las señales.

Quién rige las estrellas
 veré, y quién las enciende con hermosas
 y eficaces centellas;
 porque están las dos osas
 de bañarse en la mar siempre medrosas.

Veré este fuego eterno,
 fuente de vida y luz, dó se mantiene,

y por qué en el invierno
 tan presuroso viene;
 quién en las noches largas le detiene.

Veré sin movimiento
 en la más alta esfera las moradas
 dél gozo y del contento,
 de oro y luz labradas,
 de espíritus dichosos habitadas.

Otra á Felipe Ruíz.

¿Qué vale cuánto vee
 dó nace y dó se pone el sol luciente,
 lo que el indio posee,
 lo que da el claro Oriente,
 con todo lo que afana la vil gente?

El uno mientras cura
 dejar rico descanso á su heredero,
 vive en pobreza dura,
 y perdona al dinero,
 y contra sí se muestra crudo y fiero.

El otro que sediento
 anhela el señorío, sirve ciego;
 por subir su asiento
 abájase á vil ruego,
 y de la libertad va haciendo entrego.

Quien de dos claros ojos
 y de un cabello de oro se enamora,
 compra con mil enojos
 una menguada hora,
 un gozo breve, que sin fin se llora.

Dichoso el que se mide,
 Felipe, y de la vida el gozo bueno
 á sí solo lo pide,
 y mira como ageno

aquello que no está dentro en su seno.

Si resplandece el día,
Si Eolo su reino turba en saña,
el rostro no varía,
y si la alta montaña
encima le viniere, no le daña.

Bien como la ñudosa
Carrasca en alto risco desmochada
con hacha poderosa,
del ser despedazada
del hierro torna rica y esforzada.

Querrás hundille, y crece
mayor que de primero, y si porfia
la lucha, más florece,
y firme al suelo invia
al que por vencedor ya se tenía.

Exento á todo cuánto
presume la fortuna, sosegado
está y libre de espanto
ante el tirano airado,
de yerro, de cruera y fuego armado.

«El fuego, dice, enciende,
aguza el hierro crudo, rompe y llega,
y si me hallares, prende,
y da á tu hambre ciega
su cebo deseado y la sosiega.

» ¡Qué estás? ¡No ves el pecho
desnudo, flaco, abierto? ¡Oh! no te cabe
en puño tan estrecho
el corazón que sabe
cerrar cielos y tierra con su llave.

» Ahonda más adentro,
desvuelve las entrañas, el insano
puñal penetra al centro;
mas es trabajo vano,
jamás me alcanzará tu corta mano.

» Rompiste mi cadena
ardiendo por prenderme; al gran consuelo
subido he por tu pena;
ya suelto, encumbro el vuelo,
traspaso sobre el aire, huello el cielo.»

De la vida del cielo.

Alma región luciente,
prado de bienandanza, que ni el hielo
ni con el rayo ardiente
fallece, fértil suelo,
produtor eterno de consuelo;

de púrpura y de nieve,
florida la cabeza, coronado,
á dulces pastos mueve
sin honda ni cayado
el buen pastor en ti su hato amado.

Él va, y en pos, dichosas,
le siguen sus ovejas, do las paze
con inmortales rosas,
con flor que siempre nace,
y cuanto más se goza, más renace.

Y dentro á la montaña
del alto bien las guía, ya en la vena
del gozo fiel las baña,
y les da mesa llena,
pastor y pasto él solo y suerte buena.

Y de su esfera cuando
á cumbre toca altísimo subido
el sol, él sesteando,
de su hato ceñido,
con dulce són deleita el santo oído.

Toca el rabel sonoro,
y el inmortal dulzor al alma pasa,

con que envilece el oro,
 y ardiendo se traspasa,
 y lanza en aquel bien libre de tasa.
 ¡Oh són! ¡Oh voz! Siquiera
 pequeña parte alguna descendiese
 en mi sentido, y fuera
 de sí el alma pusiese,
 y toda en ti, oh amor, la convirtiese.
 Conocería dónde
 sesteas, dulce Esposo, y desatada
 desta prisión adonde
 padece, á tu manada
 viviré junta, sin vagar errada.

Al Apartamiento.

¡Oh ya seguro puerto,
 de mí tan luengo error! Oh deseado
 para reparo cierto
 del grave mal pasado!
 ¡Reposo dulce, alegre, reposado!
 Techo pajizo, adonde
 jamás hizo morada el enemigo
 cuidado, ni se esconde,
 invidia en rostro amigo,
 ni voz perjura ni mortal testigo;
 Sierra que vas al cielo,
 altísima, y que gozas del sosiego
 que no conoce el suelo,
 adonde el vulgo ciego
 ama el morir ardiendo en vivo fuego,
 Recíbeme en tu cumbre,
 recíbeme; que huyo perseguido
 la errada muchedumbre,
 el trabajar perdido,

la falsa paz, el mal no merecido.

Y do está más sereno
 el aire me coloca, mientras curo
 los daños del veneno
 que bebí mal seguro,
 mientras el mancillado pecho apuro;

Mientras que poco á poco
 borro de la memoria cuánto impreso
 dejó allí vivir loco
 por todo su proceso
 vario, entre gozo vano y caso avieso.

En ti, casi desnudo
 deste corporal velo, y de la asida
 costumbre roto el ñudo,
 traspasaré la vida
 en gozo, en paz, en luz no corrompida.

De ti, en el mar sujeto,
 con lástima los ojos inclinando,
 contemplaré el aprieto
 del miserable bando
 que las saladas ondas va cortando.

El uno que surgía
 alegre ya en el puerto, salteado
 de bravo soplo, guía,
 en alta mar lanzado,
 apenas el navío desarmado;

El otro en la encubierta
 peña rompe la nave, que al momento
 el hondo pide abierta;
 el otro calma el viento,
 otro en las bajas Sirtes hace asiento.

Á otros roba el claro
 día y el corazón el aguacero,
 ofrecen al avaro
 Neptuno su dinero;
 otro nadando huye el morir fiero.

Esfuerza ó pon el pecho;
 mas ¿cómo será parte un afligido
 que va, el leño deshecho,
 de flaca tabla asido,
 contra un abismo inmenso embravecido?

¡Ay, otra vez y ciento
 otras, seguro puerto deseado!
 no me falte tu asiento,
 y falte cuánto amado,
 cuánto del ciego error es codiciado.

Á la vida religiosa.

Mil varios pensamientos
 mi alma en un instante revolvía,
 cercada de tormentos,
 de pena y agonía,
 buscando algún descanso y alegría;

Mas, como no hallaba
 contento en esta vida ni reposo,
 desalada buscaba
 con paso presuroso
 á su querido amor y dulce esposo.

Y andándole buscando,
 cansada, se sentó junto á una fuente
 que la iba destilando
 un risco mansamente,
 regando el verde prado su corriente.

Las parleruelas aves
 una acordada música hacían
 de voces tan suaves,
 que al alma enternecían,
 y en amor de su esposo la encendían;

Y con gentil donaire
 plegando y desplegando sus alillas,

jugaban por el aire
 las simples avecillas,
 divididas en orden por cuadrillas;

Y en forma de torneo
 las unas con las otras se encontraban,
 con ligero meneo
 después revoleaban,
 y entre la verde yerba gorjeaban.

Gozando de esta fiesta
 mi alma entre mil flores recostada,
 durmió un poco la siesta,
 y estando descuidada,
 oyó una voz que la dejó admirada;

«No temas, le decía;
 mas oye atentamente lo que digo:
 si buscas alegría

y estar siempre conmigo,
 huye del mundo y de quien es su amigo;

»Que si al trabajo huyes,
 y gustas de deleites y consuelo,
 sabe que te destruyes,
 pues truecas por el suelo
 la gloria eterna del impíreo cielo.

»Mira que estás cercada
 de tres contrarios tuyos capitales,
 y vives descuidada
 de los crecidos males
 que te podrán causar contrarios tales.

»Advierte que está el uno
 apoderado ya de tu castillo,
 y los dos de consuno
 comienzan á batillo,
 sin que tus fuerzas puedan resistillo.

»Déjalos por despojos
 el contento, el regalo y la riqueza,
 y no vuelvas los ojos

á ver esa vileza,
pues cuánto dejar puedes es pobreza.

» Que si dejares uno,
ciento tendrás por él en esta vida
sin descontento alguno;
y allá á la despedida
daráte Dios la gloria prometida.

» Verás en este suelo,
dando de mano al mundo fementido,
un retrato del cielo
que Dios tiene escondido
en la celdilla pobre y el vestido.

» Ageno del cuidado
que al mercader sediento trae ansioso,
de sólo Dios pagado,
se goza el religioso,
libre del mundo falso y engañoso.

» No busca los favores
que al ambicioso traen desvelado
en casa de señores;
mas antes retirado
goza su suerte y su felice estado.

» No tiene desconsuelo
ni puede entristecerle cosa alguna,
porque es Dios su consuelo,
ni la baja fortuna
con su mudable rueda le importuna.

» Su casa y celda estrecha
alcázar le parece torreado;
la túnica deshecha,
vestido recamado;
y el suelo duro, lecho delicado.

» El cilicio tejido
de punzadoras cerdas de animales,
que al cuerpo está ceñido,
aparta de los males

que causa el ciego amor con los mortales.

» La disciplina dura
de retorcido alambre le da gusto,
pues cura la locura
del estragado gusto
que huye á rienda suelta de lo justo.

» En estos ejercicios
su vida pasa más que venturosa,
apartado de vicios,
sin que le dañen cosa
mundo, demonio, carne pegajosa.

» Cuánto el seglar procura
adquirir con deleites y hacienda
se dan de añadidura,
no más de porque atienda
al servicio de Dios, y no le ofenda.»

Gustaba en gran manera
mi alma de la plática que oía;
y para ver quién era
el que aquello decía,
durmiendo, aquí y allí se revolvía.

Mas tocando la mano
el agua cristalina de la fuente,
salió su intento vano,
pues luego de repente
la voz se fué y el sueño juntamente.

Á don Pedro Portocarrero.

No siempre es poderosa,
Portocarrero, la maldad, ni atina
la envidia ponzoñosa,
y la fuerza sin ley, que más se empina,
al fin la frente inclina;
que quien se opone al cielo,